

Filosofía. Dudas y razones

PATXI LANCEROS

Profesor de Filosofía Política. Universidad de Deusto (Bilbao)

Hoy es el día de la inteligencia y de la palabra llevadas al extremo de la exigencia; de la condición humana, que busca y no siempre halla

El tercer jueves de noviembre de cada año se celebra, desde 2002, el día mundial de la Filosofía, con patrocinio y bajo iniciativa de la Unesco. Puede uno razonablemente (es decir, filosóficamente) dudar al respecto de la adecuación de esa festividad, sobre todo si mira el calendario de señalamientos decretados, o sugeridos, con oficial amparo, y encuentra que la Filosofía se ve escoltada, en distintas fechas, por días consagrados al tequila, al atún, al tiburón ballena o al orgasmo femenino: hoy mismo, sin dejar de ser el día mundial de la Filosofía, es el día mundial del retrete.

Puede uno dudar, razonablemente. Y de eso se trata. O de eso se trata cuando se trata de Filosofía: de dudas y de razones. Unas y otras consiguen, por ejemplo, que la heteróclita relación de días mundiales e internacionales (aun considerando tan solo los que tienen rango oficial y no, entre otros muchos, el día del orgullo zombi o el día de la croqueta) no carezca de absoluto sentido, o no naufrague en un proceloso mar de buenas intenciones incongruentes. Y, aun así, con serenidad filosófica, puede decirse que esa lista debe ser cuidadosamente revisada: por negligencias o por excesos, por redundancias, por omisiones. Por dudas y razones.

Desde que la Filosofía dio sus primeros, y ya firmes, pasos en el lejano siglo VI a. de C. en las costas de Jonia, ese discurso ha atravesado siglos y continentes, ha producido esquemas y teorías, ha dejado un rastro inatrapable de oralidad cuyos ecos aún resuenan y una huella indeleble de escritura en la que todavía nos sostenemos.

Filosofía es conocimiento, destreza y actitud. Pero la Filosofía es, sobre todo, la inteligencia llevada, en cada caso, a su mayor grado de tensión; y es la expresión, la palabra que da curso a esa máxima exigencia. Por eso, puede decirse sin hipérbole que, si la especie humana se caracteriza por la inteligencia y la palabra, la Filosofía es humanidad al límite, o es exploración de los límites de la humanidad. Que esos límites los marque la propia convivencia humana (y el discurso se vierta entonces hacia la ética

o la política), o la inminencia de la naturaleza y la técnica, o que los límites vengán señalados por la concreción artística o por la abstracción matemática, es algo que, en principio, carece de importancia: en cada uno de esos ámbitos, y en todos los que la condición humana se (la) juega, la Filosofía es el curso de la inteligencia que no se deja someter, y es el discurso, la expresión que no se deja amordazar. Inteligencia y expresión que llegan, que han de llegar, incluso al confín ante el que otros cursos, y otros discursos, se detienen, dimiten o callan.

Quizá por eso la dialéctica y la polémica no son ajenas, nunca, a la Filosofía; que, ante cualquier imposición, de la naturaleza o de las costumbres, de los gobiernos o de los dioses, de la tradición o de la innovación, alza el gesto y la voz; o antepone lo que le es más propio: dudas y razones.

Ha de entenderse: la polémica no es el fin, sino el medio, de la Filosofía. El fin, inalcanzable por definición, es la comprensión exhaustiva, la intelección exacta, la interpretación adecuada, la norma correcta. Todo eso que el humano recibe como dato y cauce de su propia condición. Que es esencialmente problemática, inquieta e inquietante; que es esencialmente precaria. Todo eso, es cierto, lo exploran las ciencias, lo concentran tanto las ruti-

nas como los desafíos, lo articulan las instituciones. Un paso más allá, siempre un paso más allá, se arriesga la Filosofía. Y la Humanidad con ella.

Hace unos meses se publicó un precioso libro cuyo título es 'El honor de los filósofos'. Su autor, Víctor Gómez Pin, es, precisamente, un filósofo que, a lo largo de una ya larga trayectoria de docencia e investigación, ha contribuido a edificar el honor de la disciplina; a la que ahora rinde un sentido e informado homenaje. En ese libro encontrará el lector generoso acopio de dudas y razones: expuestas en los diversos ámbitos en los que la filosofía, y con ella la humana condición, ha asumido los mayores retos y ha confrontado los mayores riesgos. El propio texto es una celebración; y un regalo.

Y, ciertamente, hay algo que celebrar. Pues el día de la Filosofía es el día de la literatura y de la ciencia, de la matemática y del arte, de la física y de la cibernética, es el día de la sociedad y de la comunicación, del conflicto y del peligro, de la religión, de la ética y de la política: de todo lo que halla en la Filosofía una interlocutora hospitalaria y rigurosa. Es el día de la inteligencia y de la palabra llevadas al extremo de la exigencia; el día de la condición humana, que busca y que no, o no siempre, halla. La Filosofía, un paso más allá.

ANTÓN

